

CAPÍTULO V

DE VARIAS ESPECIES DE EXHORTACIONES

Con frecuencia se ve precisado el sacerdote católico á dirigir la palabra á las *escuelas dominicales*, á las *conferencias de San Vicente Paul*, á los *niños de la escuela*, *presos de la cárcel*, *penitentes*, *moribundos*, etc.; y como en estos casos hay necesidad de hacer uso de una elocuencia acomodada á las circunstancias, creemos conveniente indicar las materias que deberá tratar y el modo ó forma de presentarlas.

I

Exhortación á las escuelas dominicales.

Teniendo por objeto las escuelas dominicales dispensar á los jóvenes el precioso beneficio de una educación cristiana, acomodada á su edad, sexo y condición, la exhortación podrá dirigirse unas veces á las personas que están al frente de dichas escuelas, y otras á los individuos que concurren á ellas.

En el primer caso, el orador hará ver á sus oyentes la importancia de la obra á que tan generosamente se han consagrado, y cuán digna es de su caridad esa multitud de jóvenes de ambos sexos que carecen de toda instrucción y de los medios de adquirirla; pondrá ante su vista que sin su tierna solicitud esos infelices, que no

disponen de otro tiempo que la tarde del domingo que se les concede para el descanso, carecerían del más indispensable conocimiento de sus deberes religiosos y sociales.

Para mayor estímulo podrá el orador añadir que nuestro divino Salvador mostró sumo interés por los niños y por los pobres, quienes á su vez le seguían por todas partes y se le acercaban cuanto era posible, procurando para ello abrirse paso por entre la multitud, pues conocían que se les amaba, y acudían con la plena confianza del que sabe que se le prefiere. Podrá explanar el fundamento del interés que inspiran los jóvenes, presentando las buenas cualidades de esa edad, porque, á pesar de sus defectos, nada hay más digno de amor que su sencillez, su confianza é inocencia, libres como están todavía del orgullo, del interés y de las pasiones, que matan la sensibilidad y la ternura.

También podrá excitar el celo de las personas asociadas á esta obra piadosa, haciendo ver que los jóvenes son los que han de formar la familia y han de sembrar en el corazón de sus hijos las semillas de la fe y la piedad; podrá, en fin, reconvenir á los que se lamentan del triste estado de la sociedad, diciéndoles que en ellos está el remedio de tantos males, depositando en los corazones de la juventud los principios religiosos salvadores del individuo y de la sociedad.

Pondrá término á su exhortación presentando á los socios elevados á la categoría de padres; padres, según la gracia, de aquellos desgraciados que no tienen quien les eduque; y rogándoles que no les nieguen el único consuelo que les queda, ni les dejen sumidos en una orfandad absoluta; que continúen dispensándoles sus cuidados, pues de otro modo su perdición es segura; finalmente, que se dejen llevar de tan nobles sentimientos, pues Dios bendecirá su obra y el éxito más lisonjero coronará sus esfuerzos.

En el segundo caso, esto es, cuando el sacerdote tenga que dirigir sus instrucciones á los jóvenes que concurren á las escuelas, les expondrá la doctrina cristiana de una manera breve é interesante, adaptando sus ideas y su lenguaje á la capacidad de sus oyentes.

No insistimos en la manera de dar esta instrucción, por haberlo hecho ya al hablar del catecismo y de la plática doctrinal.

II

Exhortación á las conferencias de San Vicente de Paúl.

Una de las congregaciones que producen más abundantes frutos de buenas obras es la Sociedad de San Vicente de Paúl, Sociedad que parece bajada del cielo en este siglo de egoísmo é indiferencia religiosa para gloria del Señor, consuelo de la religión y alivio de la humanidad; Sociedad, en fin, que la fe sostiene, la esperanza alimenta y la caridad propaga y vivifica.

A los miembros que componen esta Sociedad tiene que dirigir frecuentemente el sacerdote católico sus exhortaciones; y aunque le suponemos suficientemente instruído en las materias que debe tratar para estimular más y más la caridad de los asociados, haremos, sin embargo, siguiendo nuestro propósito, algunas indicaciones que creemos oportunas.

En las reuniones semanales podrá exponer el punto de doctrina que crea más conveniente para excitar á las obras de misericordia en beneficio de los pobres, y á la práctica de las demás virtudes para aprovechamiento de los socios.

En las juntas generales que la Sociedad celebra, el encargado de dirigir la palabra podrá presentar á la consideración de su auditorio el espíritu ó principio de

la caridad, haciendo ver que tiene su origen en el precepto del Salvador de amarnos los unos á los otros; que esta suprema verdad es una revelación divina y al mismo tiempo una emanación del amor de Dios; que la caridad ve á Dios en el hombre, ama á Dios en el hombre, refiere á Dios como á principio y fin de su amor las obras que este amor le inspira; en suma, que esta virtud, superior á la naturaleza, es una virtud ilustrada por la fe, encendida en la misma llama del divino amor.

Con respecto á las obras que produce la caridad, ofrece estos dos caracteres, que el orador podrá dar á conocer: primero, da lo que tiene; segundo, se da á sí misma. La primera de estas dos leyes se cumple de ordinario aun por cristianos algo tibios; la segunda es libremente aceptada por las almas escogidas, que buscan en el sacrificio de sí mismas el principio de su perfección y la seguridad de su dicha futura. Tipos insignes de esta caridad fueron San Juan de Dios, que se empleaba en servir á los pobres, cuidando sus almas, curando sus cuerpos, velándolos en la hora de la muerte, y llegada ésta, dándoles piadosa sepultura; y aquel otro insigne fundador de las Hijas de la Caridad, cuyas son estas palabras, que expresan con admirable laconismo los dos caracteres de esta virtud: *Impendam et superimpendam ipse*.

Finalmente, podrá encarecer los resultados producidos por la caridad. Esta virtud mantiene vivos en el corazón humano dos afectos admirablemente ordenados por la Providencia divina para unir á los hombres con vínculos amorosos, á saber: la compasión y la gratitud; la compasión en el rico, la gratitud en el pobre.

Todo esto que acabamos de decir podrá explanar el orador, y junto con la comparación que podrá ir haciendo entre el espíritu, obras y resultados de la caridad cristiana y la legal ó filantrópica, le suministrará materia abundante para algunas conferencias.

III

Exhortación á los niños.

Sucede alguna vez que el sacerdote se ve precisado á dirigir la palabra á los niños, ora con motivo de los exámenes y repartición de premios, ora con ocasión de las visitas que, como individuo de la junta de instrucción, suele practicarse en las escuelas. Para estos casos, el asunto sobre que versará la exhortación podrá ser sobre las ventajas de la educación en general, inspirada en el espíritu cristiano.

Principiará por hacer comprender á los niños que nada influye tanto en nuestro porvenir como la buena educación; que su poder es tan eficaz, que de ella resulta nuestra ruina ó nuestra felicidad, y que la educación más ó menos religiosa es el termómetro que señala el progreso ó retroceso de la sociedad en la importante carrera de su mejoramiento moral, porque la mala educación es el germen de todos los vicios, así como la buena es fuente de todas las virtudes.

Después les hará ver que la buena educación nos inclina desde niños al bien, infiltrando en nuestro corazón el amor á la virtud y el aborrecimiento del vicio, que darán por resultado en toda nuestra vida la sumisión y respeto á los mayores, la afabilidad con los iguales é inferiores y la prudencia con todos. También podrá estimular al estudio y al trabajo, fuentes de prosperidad y bienestar, lo mismo para los favorecidos de la fortuna que para los que se hallan sumidos en la miseria.

Todo esto que el sacerdote podrá explanar de la manera más conveniente, lo confirmará con algunos ejemplos de la historia sagrada y profana, pintando con los

más vivos colores en la imaginación de los niños dos tipos, en uno de los cuales se ve premiada la virtud y el trabajo debidos á la buena educación, y el otro aparezcan los funestos resultados de una educación descuidada, causa de sus mayores desdichas.

Además de este tema general, se podrán encomiar en distintas ocasiones las ventajas que proporciona la práctica de las virtudes cristianas y sociales, tales como la humildad, la obediencia, la castidad, etc., la aplicación, la sinceridad, la honradez, la generosidad, etc.

IV

Exhortación á los encarcelados.

La desgracia que pesa sobre los encarcelados, aun supuesta su culpabilidad, no es motivo para que el sacerdote católico los abandone, antes bien, esa circunstancia es un título más para merecer sus cuidados. Por esta razón sin duda, y siguiendo el espíritu de la religión católica, algunas sinodales tienen ordenado á los párrocos que visiten con frecuencia á los encarcelados y atiendan á sus necesidades espirituales.

Cuando el párroco ó cualquier otro sacerdote tenga que dirigir la palabra á estos desdichados, procurará ganarse su confianza manifestando mucha compasión por su triste estado, diciéndoles que si ahora están ellos en la cárcel, antes estuvieron el patriarca José y el Bautista, los Apóstoles y los mártires; y si carecen de los consuelos de la familia, de la compasión del mundo que los rechaza y deshonra, y se encuentran abrumados con el peso de las cadenas, que no se abatan, pues en el divino Salvador, que vino á buscar pecadores y no justos, encontrarán un padre y un amigo que rompa, ya que no los hierros que los aprisionan, las cadenas

del pecado, más pesadas que las que oprimen su cuerpo, dándoles por la libertad perdida una libertad más preciosa, la libertad de las almas.

Después de haber llamado de este ú otro modo parecido la atención de los oyentes, se procurará hacerles ver cómo en medio del abandono general en que se hallan, la religión viene en su ayuda ofreciéndoles, á la vez que el único, el mejor de los consuelos que pueden recibir y desear en su triste situación, y que no es otro que la paz y tranquilidad de sus conciencias. Luego podrá probarles cuán poco duraderos son los trabajos y privaciones de esta vida, si se comparan con los bienes eternos é imperecederos del cielo, que ellos mejor que otros pueden conseguir. No se omitirá poner á su vista que si la justicia humana, para dar satisfacción á la sociedad, castiga en ellos crímenes verdaderos ó falsos, Dios es el único que juzgará con verdad nuestras acciones y premiará al inocente castigado y al criminal arrepenido.

Dirá, por otra parte, que el mundo y sus juicios son con harta frecuencia errados, pues mientras desprecia y cree desgraciados á los presos, será muy posible, y ellos pueden hacer que esto sea verdad, que los verdaderos desgraciados sean los que viven en el mundo, y aun añadirles lo que decía Tertuliano á los cristianos encarcelados por la fe de Jesucristo: «Aunque el cuerpo esté encerrado y la carne detenida en la prisión, para el espíritu todo el universo está patente. Paséate con el alma, dilátate con el corazón, espaciate con el espíritu, no por los andenes opacos de los jardines... sino por la calle ancha que guía para hallar á Dios: cuantas veces te pasees con el espíritu contemplando el cielo, tantas estarás fuera de la cárcel. No siente el cepo el muslo mientras el alma está en el cielo (1). Deberá, en

(1) Exhortaciones á los cristianos presos en las cárceles.

fin, recomendar la paciencia por los males que sufren, la consideración y el agrado con las personas que les rodean, y la caridad y buen ejemplo para con los compañeros de infortunio.

Ganado el corazón de los oyentes, ya puede hablarles de los medios de santificación que el orador crea más convenientes, evocando en caso necesario el recuerdo de los primeros años, la felicidad de la familia, la ternura de nuestras madres, etc.

En esta clase de exhortaciones y en todas las que dejamos apuntadas, como no se trata de convencer tanto como de persuadir, debe usarse un lenguaje vivo y apremiante, un lenguaje en que se encuentre retractado todo el cariño y seducción de un corazón paternal y confiado, inflamado en el fuego de la caridad.

V

Exhortación á los penitentes.

La elocuencia sagrada no siempre truena ó amenaza desde la cátedra del Espíritu Santo, sino que tiene también una voz que, lejos del estrépito de las reuniones públicas y sacando sus inspiraciones del amor á los hombres, hace con cada uno de ellos los oficios de amigo y de padre. Esta voz en ninguna parte es tan religiosa, tan solemne y eficaz como en el sacramento de la Penitencia, donde, calmada la tempestad de las pasiones, brilla el astro augusto de la religión; donde el tribunal del hombre, revistiéndose de toda la fuerza y majestad del de Dios, llena el espíritu de un terror sagrado y de una profunda y sublime veneración. Procure, pues, el confesor que esa voz sea lo más elocuente, lo más persuasiva que pueda, lo cual podrá conseguir, siendo *afable* en acoger á los penitentes, *paciente* en escuchar-

los y eficaz en curarlos; triple precepto que vamos á explicar brevemente.

Si hay una persona cuya alma deba estar como templada en la dulzura y afabilidad, es la del confesor.

A fin de que pueda conservar habitualmente su tranquilidad, debe acostumbrarse á oír sin extrañeza los más repugnantes pecados, pues no buscan al médico los sanos, sino los que están enfermos. Con esta consideración, al paso que sentirá las ofensas hechas á Dios, se consolará con la idea de que el pecador las arroja de sí, y viéndole próximo á sanar, lo acogerá con semblante afable y cariñoso, como Jesucristo lo hizo con la Magdalena y la Cananea.

No intentamos decir con esto que siempre tenga que aplicar aceite y sólo aceite á las úlceras, sino que algunas veces, según la palabra del Salvador, es preciso mezclar vino al aceite; esto es, á la suavidad la firmeza, nunca empero vinagre, esto es, la aspereza ó una excesiva severidad.

Ni basta que el confesor se muestre afable en acoger á los penitentes, sino que es necesario además que sea *paciente* en escucharlos, esperando su curación. Guárdese éste de pronunciar contra los pecadores la sentencia que contra Judas fulminaron los antiguos sacerdotes: *Quid ad nos? Tu videris*; porque detrás de esta sentencia está la desesperación.

Por grandes que sean las virtudes que hemos indicado, serían insuficientes si no se añadiese á ellas la *eficacia* de las instrucciones y de los consuelos. Para sanar el entendimiento de los pecadores, necesita el confesor poseer conocimientos sólidos y profundos, á fin de alumbrar con la luz de la verdad las tinieblas de sus conciencias. Mas si es necesaria la luz de la verdad para sanar las inteligencias, no son menos los consuelos para curar la voluntad. Para ello el sacerdote, después de haber escuchado al penitente, estudie su carác-

ter, y una vez conocida la parte enferma, aplique los remedios oportunos y acomodados á la gravedad del mal. En una palabra, estudie la índole del penitente, como el médico estudia la del enfermo, y acomode á sus necesidades las exhortaciones, huyendo de las generalidades que no corresponden á la alteza del ministerio ni son á propósito para impresionar á los pecadores.

VI

Exhortación á los moribundos.

El tránsito de esta vida á una eternidad de goces ó de penas es solemne y terrible; pero la religión, que ha santificado nuestra entrada en el mundo con el Bautismo, no sólo nos despide con la Extremaunción, sino que acude en nuestro auxilio en tan angustioso trance para derramar sobre nosotros, con el bálsamo de sus exhortaciones, el consuelo y la esperanza. El sacerdote destinado á derramar esos saludables consuelos, procurará granjearse la confianza del enfermo, á fin de que le revele todos los secretos de su alma.

Para esto necesita acercarse á él con la cariñosa franqueza de un amigo, procurando enterarse de su enfermedad, compadecerse de sus sufrimientos y prestarle algún servicio. Con esto, al parecer indiferente, se atraerá el amor del enfermo y preparará el camino para suministrar más tarde á su alma las medicinas que le sean necesarias. Cuando llegue el momento de hablarle de asuntos espirituales, llevará insensiblemente la conversación hacia ese punto, evitando no aventurar sin mucha prudencia el anuncio de la próxima muerte, la cual, si tanto conturba vista de lejos, ¿qué no hará en las últimas horas? No ocultará, sin embargo, al enfermo la gravedad de su estado, pero esto debe hacerse para

preparar, no para contrariar la naturaleza. Se toma, por consiguiente, el discurso de lejos, empezando, por ejemplo, á discurrir acerca de la fragilidad de esta vida, cómo Dios quiere cambiarla en otra más perfecta y dichosa, y cómo nos envía las enfermedades para que meditemos sobre estas verdades. Si el enfermo le sigue con tranquilidad en estas reflexiones, continuará diciendo que entre las enfermedades ha de llegar una que será la última; que es señal, y no pequeña, de que Dios quiere avisarnos de que se acerca nuestro fin, para que pongamos aceite en la lámpara y salgamos á recibir al esposo que nos espera; que la enfermedad presente puede ó no ser la última, pero que en semejante duda debe elegirse la parte más segura; esto es, hacer todo como si ciertamente se estuviese en la última hora. Con esto, sin quitar del todo la confianza al enfermo, se le dice lo bastaste para que desconfíe; pero si se le viere inclinado á diferir los sacramentos, convendrá, aunque con palabras dulces, declararle la gravedad del mal.

Aunque el moribundo hubiese llevado una vida edificante, no por esto se ha de dejar de anunciarle que se acerca la muerte, puesto que no hay nadie que al verse á las puertas de la eternidad no redoble su fervor. Para que el sacerdote ayude al enfermo á hacer meritorio y agradable á Dios el sacrificio de su vida, le recordará la obligación que tiene de ofrecerla á Jesucristo, que la ofreció antes por la suya, pintándole á este fin con los más vivos colores la pasión del Salvador. Si á pesar de esto el enfermo temiese todavía la muerte, le recordará que Jesucristo, para enseñarnos á morir, quiso sujetarse él mismo á tan terrible trance, y si todavía no bastase este ejemplo, ponga á su vista la gloria del Salvador, que será también la nuestra.

CONCLUSIÓN

Queda terminada nuestra humilde tarea. En ella hemos procurado seguir á los buenos maestros, presentando sus preceptos, sin olvidar este aviso de San Gregorio Nacianzeno (1): «El ser lacónico consiste en expresar muchas ideas en pocas palabras; esto es, economizando las palabras, mas no los pensamientos.» Si á pesar de esto hay quien cree que nos hemos extendido demasiado, fácil nos es desvanecer este reparo, haciéndole ver que era indispensable decir algo más que los tratados elementales, en gracia de los que ni pueden oír la voz del profesor, ni adquirir muchos libros. Por otra parte, habíamos prometido reunir en un volumen lo más útil de las obras de retórica y oratoria, y añadir lo que faltaba en ellas; todo lo cual, si nos ha hecho entrar alguna vez en explicaciones de que se podía haber prescindido, ha sido con el objeto de aproximarnos en lo posible á este precepto de Horacio:

*Omne tullit punctum, qui miscuit utili dulci
Lectorem delectando, pariterque monendo* (2).

Si además se tiene en cuenta el influjo de la elocuencia en todos los géneros de literatura, quedará más

(1) Ep. 4.^a á Nicóbulo.

(2) Ad Pisones.

justificada nuestra conducta: pues como dice Cicerón (1), «cualquier cosa que quiera decirse, sobre cualquier materia que se quiera discurrir, de cualquier manera que se trate de hablar, para hacerlo con orden, con adorno, con gusto, con persuasión, es preciso recurrir al auxilio de la elocuencia».

(1) *De Orat.*

A. M. D. G.

INDICE

	Págs.
Licencia eclesiástica.....	4
PRÓLOGO.....	5

NOCIONES GENERALES

I.—Idea de la elocuencia.....	9
II.—Elocuencia sagrada.....	13
III.—Facultades que exige la elocuencia.....	15
IV.—Educación oratoria.....	22
V.—Reseña histórica de la elocuencia sagrada.....	26
Epoca primera.....	26
Epoca segunda.....	28
Epoca tercera.....	30
Epoca cuarta.....	31
Epoca quinta.....	35
VI.—De la belleza.....	38

PRIMERA PARTE

De las reglas generales de la elocuencia.

DE LA ELOCUCIÓN EN GENERAL

I.—Idea de la elocución.....	45
II.—División de esta primera parte.....	47